

Contra Steiner

POETAS. Tenía preparado un artículo sobre poetas jóvenes. Le dedico muy poco espacio a la poesía, aunque no paro de leer libros de poemas. Más que un artículo iba a ser una especie de antología de poetas con menos de treinta años. Los que me han gustado en los últimos meses.

Iba a escribir de Elena Medel (Córdoba, 1985), y de los libros de su editorial, compartida con Alejandra Vanessa (Córdoba, 1981), La Bella Varsovia. Iba a escribir de Sofía Castañón, y de su *Últimas cartas de Kansas*, y de Beatriz Ros, y de su *De cómo descubrí que seguía viva*, ganadoras del Premio Pablo Baena.

De Sofía Castañón (Gijón, 1983), iba a poner un poema que dice:

«Esta noche
al verte
sólo se me ocurren
todos
los tópicos del mundo.
Y suenan tan bien».

Iba a escribir de Nacho Escuin (Teruel, 1981), y de los libros de su editorial, Eclipsados, donde publica Almudena Vidorreta (Zaragoza, 1986) y Octavio Gómez Millán (Zaragoza, 1978).

Me gustan Elena Medel y Nacho Escuin porque escriben bien y, además, porque tienen el valor de hacer lo que yo siempre he deseado y nunca he hecho: editar libros, meterse en el barro.

También iba a escribir de José Daniel García (Córdoba, 1979) y de su *Coma*, ganador del Premio Hiperión, e iba a incluir un poema que dice: «Una hija adoptiva es un esqueje».

PEPÍN BELLO. Iba a escribir de todos ellos con alegría, pero bajé a la presentación del libro de José Antonio Martín Otín, «Petón», *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello)* (Pre Textos), en la librería Los portadores de sueños, y no sé cómo acabé enzarzado con Ignacio Martínez de Pisón a propósito de George Steiner. Él decía que en mi artículo no se notaba que *Los libros que nunca he escrito* (Siruela) me había parecido deplorable y me había puesto los pelos de punta.

Aunque, a esas alturas, también me parecía deplorable la recepción del libro: saludado en los medios como una gran obra.

PERRÓS. El libro de Steiner no me gusta nada porque muestra un profundo desprecio por el ser humano (el ser humano que no es él, quiero decir). Prefiere a los perros, que tienen la suerte de no poder leer sus libros. En el texto «Del hombre y la bestia», y sin duda pensando en sí mismo, escribe: «Hay quienes -posiblemente son muchos- quieren a los animales más que a los seres humanos. Raras veces se habla de esta verdad».

DEMOCRACIA. El libro de Steiner no me gusta nada porque ataca sin parar la democracia. La ataca con argumentos lamentables y de un impresionismo tan ful que no voy a gastar el tiempo refutándolos. En «Petición de principio», escribe: «La democracia, un compromiso con la mayoría, hace sonar su fanfarria para el hombre común. Cuyo Dios es, en buena parte del planeta, el fútbol. El credo de la Ilustración, el meliorismo del siglo XIX, que sostenía que la escolarización de masas era el camino, hacía el progreso cultural, hacia la sabiduría política, ha demostrado hace tiempo ser ilusorio».

La democracia es tan mala para Steiner que incluso ha sido capaz de traer una vida sexual mucho peor que la de antes. En «Los idiomas de Eros», escribe que «la democracia del orgasmo [...] ha traído consigo una estandarización sin precedentes de la manera de decir y hacer el

amor» y que «el vocabulario resultante de la lujuria y la satisfacción, de la coquetería y la seducción, está muy limitado».

El desprecio a Israel, que muestra habla de singularidades raciales, se puede entender como una consecuencia normal de su desprecio por la democracia.

EDUCACIÓN. El libro de Steiner me horroriza porque está contra la educación obligatoria. En «Cuestiones educativas», escribe: «La predisposición a una cultura superior está lejos de ser natural o universal. Puede ser cultivada o multiplicada, pero sólo en una medida limitada». La frase, tan necia, no merecería un comentario: pero que un «intelectual» emplee la palabra «natural» para definir la cultura explica muchas de sus deficiencias interpretativas, primero, y argumentativas, después.

Su idea «aristocrática» del mundo sigue destilándose en ese artículo, con perlas como ésta: «La *corrección política*, el sometimiento penitencial a las exigencias del populismo hacen casi ilícito hacer frente a las profundas barreras que tal vez impidan a la mayoría de los hombres y las mujeres el acceso a los lugares elevados».

CORAZÓN. Steiner me sacó de la poesía, pero no se me olvida que también en este artículo quería incluir un poema de Beatriz Ros (Málaga, 1984):

«Voy a decirte algo muy

[importante:

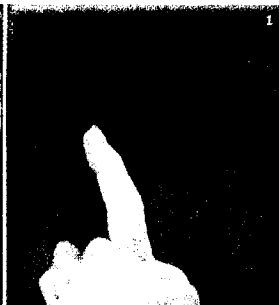
El corazón está situado
justo en el centro del pecho
se piensa que está más a la

[izquierda

porque el lado izquierdo late

[más fuerte

Lo he leído en una enciclopedia».



CORAZONES EN EL CENTRO DEL PECHO.
GEORGE STEINER (1), JOSÉ DANIEL GARCÍA (2), IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN (3) Y «PEPÍN» BELLO (4)